Los procedimientos del imperialismo no han variado. He aquí un ejemplo: lo proporcionan Atenas y Macedonia. Después de crear una cultura y un imperio, “Atenas era presa de la miseria económica y dela miseria política”. La libertad iba pereciendo. “Es verdad que esta libertad eral estaba basada sobre la esclavitud, pero la potencia y el impulso de la libertad habían parecido bastante grandes para que en el siglo V Atenas intentase abolirla la esclavitud): este sueño que no podía ser realizado hasta el extremo es una de las grandezas de Atenas. Cuando Filipo de Macedonia, después de la batalla de Queronea, impuso a los griegos la Confederación de los Helenos, de la que debía ser el jefe, exigió en el pacto federal una cláusula que prohibía para siempre jamás la liberación de los esclavos. De esta manera, después de las guerras intestinas de las Ligas griegas, la conquista macedónica acabó en el exterior el desastre de la libertad”. No es ocioso repetir las últimas líneas del texto de Paul Nizan, marxista francés calumniado por los marxistas de obediencia a Moscú a causa de su amor a la libertad: “de esta manera, después de las guerras intestinas de las Ligas Griegas, la conquista macedónica acabó en el exterior con el desastre de la libertad”.

No ha sido librada en América Hispana una batalla de Queronea, no obstante que la superioridad del dinero, de la organización, del armamento, es favorable a los designios imperialistas de los Estados Unidos de Norteamérica. Además, ¿qué opondrían los países hispanoamericanos, desgarrados en vanas querellas políticas intestinas con excepción de México) a las armas clásicas, cuando no a la bomba atómica? Nada, literalmente NADA. Dichosamente ha faltado a los Estados Unidos de Norteamérica un Filipo. Dichosamente también están desgarrados por terribles querellas intestinas, porque carecen de una de las capacidades imperiales: la de asimilación, pues han excluído de la comunidad nacional a los descendientes de los mexicanos y a los negros con el exterminio. Esta innegable incapacidad encierra el germen de su decadencia; si la superan, lograrán realizar su destino imperial; su fracasan, acelerarán su caída y el crepúsculo de la sociedad de consumo, del imperialismo.

Mientras tanto se van quedando ciegos. Sin respeto ninguno a la sensibilidad de los pueblos, han exigido a México, continuamente, tercamente, la integración de una Confederación de los Americanos, de la que serán los jefes y que comenzaría con la fuerza interamericana de paz. Como Filipo de Macedonia con los helenos, los norteamericanos pretenden que los hispanoamericanos colaboren con ellos para sojuzgarlos. Y si los líderes sureños dirigiesen a los Estados Unidos de Norteamérica, exigirían en el pacto federal la inclusión de una cláusula restableciendo la esclavitud.

No ha sido librada en América Hispana una batalla de Queronea porque hoy por hoy nada más por hoy, los norteamericanos prefieren usar otros recursos: los del debilitamiento gradual o brusco de los países hispanoamericanos. Tal es el sentido del ataque lanzado contra México por esa oscura, siniestra potencia que está por encima del gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica: la CIA. Como en su tiempo estuvo en Intelligence Service por sobre el gobierno británico.

Cuando el 1o. de septiembre de 1968 el Presidente Díaz Ordaz habló ante el Congreso de la Unión, sin duda estaba enterado de cuáles eran los hilos y los propósitos de la conjura contra México, denunciada ya por Alfonso Corona del Rosal. Al preguntarse, en un mitin, el por qué del desorden organizado, Corona del Rosal dio la respuesta: “Porque había un plan para agitar; porque había un plan para destruir la tranquilidad y empezó la violencia desde la noche…”. Los rectores mexicanos de los más altos niveles estaban prevenidos: meses antes una Embajada amiga comunicó lo que se tramaba al Gobierno Mexicano. Fallaron otros hombres obligados a atisbar y saber: el pétreo Agustín Yáñez, Secretario de Educación Pública, que aún no entiende que debe retirarse, por decoro y porque prestaría el mejor servicio al país; el timorato e ingenioso Javier Barros Sierra, que nunca ha decidido en dónde se sitúa; los jefes policiacos, carentes de informaciones acerca de las armas de que disponían y que tuvieron que confesar su impotencia y su cobardía (29 de julio de 1968).

Como en París, los recursos afluyeron misteriosamente y con anticipación. En su estudio sobre “Anarquistas de ayer y de hoy”, Jacques Duclos precisa lo imprecisable: “Todavía hay muchos puntos oscuros en la actividad de los grupos izquierdizantes, que disponían de fondos importantes procedentes de no se sabe dónde, y no puede ser excluida la hipótesis de intervenciones financieras diversas. “Ante la cuantía del costo de los desórdenes, hay que excluir la posibilidad de que ciertos políticos mexicanos, ahora en el retiro, hayan hecho aportaciones considerables, de decenas de millones de pesos. “Las intervenciones financieras diversas” no tienen sino un nombre: CIA.

Ciertos datos parecen confirmarlo. Algunas notorias casas comerciales de capital norteamericano colaboraron con los agitadores, aprovechando a los estudiantes. Algunos sugieren que compraron protección. ¿No les era más fácil, cómodo, favorable y correcto acudir a la policía? La casa Sears Roebuck de México —no es ironía los “de México” —, proporcionó abundantes materiales para la subversión.

¿Quién los pagó?

Como en París, la burguesía y las clases medias se sintieron desorientadas. Como en París, ciertos medios de información se dejaron arrastrar por el sensacionalismo. Jacques Diclos anota: “En cuando a cierta prensa movida por una voluntad evidente de perjudicar a nuestro Partido (el Comunista), líder continental. Un científico mexicano que hace años trabajó, sin salario, en los servicios mexicanos de investigación internacional, sostiene que la CIA se ha infiltrado en muchas de las estructuras mexicanas, hasta en la policía…

La CIA ha logrado varios de sus objetivos: ha herido el crédito internacional que México conquistara con discreto y perseverante esfuerzo; ha distanciado del cuerpo nacional a algunos intelectuales mexicanos; ha atemorizado a algunos políticos, dispuestos a la renuncia, cuando no a la traición, porque desconfían dela República; ha hecho aparecer la zozobra en las clases medias. Pero no ha dividido a la República. Obreros y campesinos mantienen la unidad. La burguesía y las clases medias reflexionan y saben que se juega el destino de México. Es indispensable que lo hagamos todos los mexicanos, porque nuestra ruta, sólo es una: la dela unidad con el Presidente Díaz Ordaz, que se ha conducido con firmeza y patriotismo. Cualquiera otra sería insensata y suicida.

La CIA y Fidel Castro tienen forzosamente que considerar la situación antes de seguir adelante: al movimiento, que tiene ya poco de estudiantil, lo dominan los anarquistas, que no temblarían para destruir todo lo que México ha creado, hasta el amorfismo absoluto. ¿Esto es lo que desean? Bakunin predijo: “Un revolucionario… no conoce sino una sola ciencia: la destrucción”. Para arrasar esto que los mexicanos han hecho con sudor, tendrán presente otro mandamiento de su catecismo: “La revolución está en permanencia sobre la plaza pública”.

Esto es lo que México no quiere: la violencia permanente en sus calles, porque eso, según Friederich Engels, no es “hacer la revolución”.

México impondrá su paz, en la libertad y la justicia.